

tigo, y gracias más abundantes para su conversión. Ciertamente para encontrar útil todo esto es preciso creer en la comunión de los Santos, en la eficacia de la oración, en el comercio que la tierra tiene con el cielo, en los divinos atributos, en el mérito intrínseco de la profesión religiosa, en el bien sobrenatural de la gracia, en el valor de la penitencia y de la austeridad. Es preciso, en una palabra, ser católico; mas yo aquí no hablo á gentiles, ni á judíos, ni á herejes que desconozcan ó nieguen estas verdades: hablando á católicos, creo les debe parecer bastante claro que no sólo no son vagos los religiosos, áun los de vida contemplativa, sino que son miembros útiles á la sociedad. ¿Lo son igualmente sus detractores? Júzguelo el lector.

[CAPITULO II.

**Prosigue el mismo asunto.**

I. Los religiosos consumen y no producen.—II. Pesan sobre el pueblo.—III. Manos muertas.—IV. Mantienen la superstición.

Los economistas á su vez tienen tambien una piedra que arrojar contra los religiosos. No piensan ellos en la ociosidad, sino en el daño que causan al público, y sobre todo al pueblo, porque, dicen, los religiosos consumen y no producen: son manos muertas que reciben y no vuelven lo que reciben, por lo cual forman un abismo que traga poco á poco todos los bienes particulares. Como para los economistas el comercio es el único bien y todo el bien del mundo, cuando hablan de las manos muertas se indignan, se conmueven, se enfurecen, porque por lo visto no ven sino espectros y vampiros, que con manos largas y peludas se apoderan de los hombres, chupan la sangre de su corazón, y los devoran. ¡Jesus, María! Salvadnos de estas manos, que, si bien muertas, son tan terriblemente rapaces y crueles. A pesar de esto, lectores, calmaos un poco, porque, si Dios ayuda, persuadiremos de que, no sólo no deraman sangre, sino tambien de que no hacen daño alguno.

I. *Los religiosos consumen y no producen.*— Deteneos un poco en esta sublimísima expresión, y aprended una vez la ciencia nueva y profunda de ciertos economistas. Ahora se habla de los hombres como se hablaría de un rebaño de carneros, porque así se discurre de los bueyes, de las terneras, de los caballos y de los jumentos. Ahora se hace el balance de lo que gastan y de lo que vuelven, decidiéndose la ganancia ó la pérdida que sigue de mantenerlos. Este noble lenguaje aplícase al hombre, y la sociedad toda se considera como una gran mana-

da de animales, sobre los que se pesa con la balanza lo que consumen y lo que producen, para resolver cuál es la utilidad de cada uno. Hasta hoy habíamos tenido la sencillez de creer que las criaturas irracionales habían sido hechas para el hombre, como éste para Dios, y que, después de servirse el hombre de aquéllas, produjese ó no, ninguna cuenta tenía que rendir á la sociedad ni á los particulares. Pues nada de esto: la ciencia nueva nos dice que si no somos animales fructíferos, la sociedad tiene derecho á exterminarnos. ¡Profundo descubrimiento, sabiduría sublime y progreso maravilloso, que nos iguala en un momento á las bestias!

Fuera de que podemos preguntar: si los hombres han de ser medidos con esta vara, ¿por qué no se usa con otros tantos seres improductivos que hay en el mundo? ¿Por qué no se usa con los ricos, con los vagabundos, con los que viven á costa de los demás, y con otros semejantes? Hemos visto antes que los religiosos hacen algo, á no ser que se destruya de repente la vida espiritual, el negocio de la eterna salud y la consecucion del último fin, como tambien las ciencias, las letras, y sobre todo las más nobles, que son las sagradas, en todas las cuales se han ocupado y se ocupan algo aún los religiosos: ¿por qué, pues, mover tanto estrépito y aplicar sólo aquellas teorías á los religiosos?

Para concluir de una vez: ¿hemos llegado á tal punto que aún en Italia sea preciso refutar absurdos semejantes? ¡Ah! Quien no siente la mayor indignacion al oír que se le quiere tratar como un *sér productor*, merece aquel tratamiento. Tal lenguaje no hiere á los religiosos más que á los seglares, ni á los hombres más que á las mujeres. Es el mayor insulto que se puede dirigir á un hombre adoptar lo con respecto á él: sólo cede á la vileza del que, oyéndose tratar de aquel modo, no se resiente. ¡Castigo pesado, pero justo, para la soberbia de un siglo que, figurándose tocar el cielo con la mano, ha sido después envuelto en el fango más vil, por el cual se arrastran las bestias! ¡Ha sido tratado el hombre como un *sér productor*!

II. Mas ¿es positivo que los religiosos *pesan sobre el pueblo*, ó sea que las ciudades les asignen sus estipendios ó entradas, ó que vayan mendigando el pedazo de pan? Responderé que ni es verdad que pesen totalmente sobre el pueblo, ni es injusto que pesen en parte sobre él: el verdadero pueblo, que tiene mejor buen sentido que ciertos economistas que se ponen á protegerle sin ser llamados, sufre aquel peso, no sólo con facilidad, sino tambien con placer y alegría.

No pesan totalmente sobre el pueblo, porque muchas veces sus fundaciones son obra de señores ricos y caritativos, y el pueblo no hace más que gozar gratuitamente los auxilios que les prestan los religiosos: no pesan totalmente sobre el pueblo, porque muchas veces los mismos religiosos son los que con sus bienes han fundado sus conventos y monasterios. Los ricos además y los señores (gracias á Dios, muchos son católicos) concurren tanto como el pueblo, y más que éste, á sostener á los mendigos. Si aún el pueblo debe concurrir en parte á su alimentacion, el verdadero pueblo, mientras no es corrompido por los reformadores modernos, guarda su fé muy querida, y está muy contento de contribuir, porque lo está de hallar en los religiosos, salidos de su seno por punto general, y á cuyo estado sabe tiene derecho de continuo, un sosten de sus creencias. El pobre pueblo está contento de recibir de ellos los Santos Sacramentos, de depositar en su corazon las angustias de que se halla sembrado el camino de la vida, y de oír de sus labios la palabra celestial. El verdadero pueblo halla una confortacion en ver que hacen otros por amor de Jesucristo lo que hace él por precision, y así anímase á llevar más gustosamente su peso, por cuanto lo ve conducir frecuentemente á otros que podrian no llevarlo. El pobre pueblo sabe es justo que quien para él se fatiga, estudia y ruega, sea mantenido por él: merced á su sencillez cristiana, mucho más profunda que toda la filosofía impía del presente siglo, está penetrado de que consagra su pan dividiéndolo con Jesucristo, del cual ve una

viva imágen en el religioso, y de quien recibe tantos beneficios espirituales, que tiene la debilidad de apreciar todavía un poco.

Que tal sea el verdadero modo de pensar del pueblo, lo podeis inferir del amor que á sus religiosos profesa, de la solicitud con que procura su sustento, de su gran concurrencia á las iglesias, de la confianza que tiene en su ministerio, de las quejas que mueve y de las lágrimas que derrama cuando sus protectores le quieren librar del yugo de su opresion.

Lo que al pueblo disgusta es una cosa bien diferente. ¿Quereis saberla? Os la diré aquí de paso en dos palabras. Desplace al pueblo ser desangrado por tantos otros gastos totalmente inútiles para él, y áun dañosos, cuyo peso soporta en gran parte, sin disfrutar beneficio alguno. Le desplace que á su costa se levanten grandiosos teatros para el lujo, la vanidad y las malas costumbres. Le desplace que se concedan millares de subvenciones á histriones, bailarinas, cantantes y bufones, de los que sólo saca contribuciones desmesuradas sobre el pedazo de pan que á la boca se lleva y el vaso de vino que á los lábios se aproxima. Le desplace que se consuman enormes capitales en adornos, paseos y comodidades que sirven para los ricos y los grandes, y que sólo le proporecionan el pretexto para ser cada dia más desangrado. Desplace al pobre pueblo que por una libertad mal entendida, y por una civilizacion animal, se permita á cualquier ribaldo decirlo y hacerlo todo, siendo constreñido en su virtud á velar sobre las armas los años más hermosos de su vida, léjos de sus campos, de su familia, de sus hijos, de su esposa, arrojado en un remolino de desórdenes sin fin en la vida militar. Estos son los disgustos del pobre pueblo. Quien de cerca le ha tratado, sabe que tal es la fuente verdadera de sus lágrimas, y no la opresion que recibe del religioso.

Ni hace mal en pensar así, porque ¿acaso no es cierto que una *prima donna*, una bailarina, un bufon de teatro, en tres meses de estipendio se llevan lo que bastaria para todo el año á una comunidad

religiosa? ¿No es verdad que una fiesta inútil y un dia de holganza consume muchas veces lo bastante para una fundacion religiosa, que duraria siglos enteros? Mas todo lo que se invierte para el culto, para fomento de las buenas costumbres del pueblo y para el honor divino, no puede tolerarse; lo que profusamente se disipa en favor del mundo, por no decir de mujeres perdidas, está bien gastado, y nadie murmura ni detrae, sino que, por el contrario, sociedades privadas y públicas, municipios y gobiernos, se apresuran á contribuir, como si el bien supremo de un pueblo no consistiese ya en las buenas costumbres, en la religion y en la piedad, sino en las diversiones continuas.

III. Pero ¿cómo defendeis las manos muertas, que tanto miedo causan?—Procurad comprender primero, lectores, lo que son, y despues, aunque muertas, se defenderán por sí mismas. Se llaman *bienes de mano muerta* todos los que corresponden á la Iglesia, á las fundaciones piadosas, á los beneficios eclesiásticos, á las comunidades religiosas, porque los que los poseen, usan ó administran, á diferencia de los demás dueños, tienen las manos, lo diré así, muertas para enajenarlos, venderlos, exponerlos á peligro de pérdida, debiendo ser considerados usufructuarios de los mismos, más bien que propietarios. El pretexto para declarar contra ellos es que, así vinculados, la Iglesia no los vuelve al siglo, del cual los ha recibido, se quitan los capitales al comercio ó á la industria, y poco á poco todos los bienes del mundo llegan á ser patrimonio de los clérigos. Hé aquí lo que son las *manos muertas*, y hé aquí, en pocas palabras, su delito.

Haced ahora conmigo alguna observacion. *Los bienes de la Iglesia ó de las fundaciones pías no se pueden vender, enajenar, etc.* Es positivo; mas esto hasta tal punto no debe reprenderse, que deberia más bien criticarse lo contrario, por ser sumamente conforme á la justicia y al bien máximo del pueblo. Es conforme á la justicia, porque habiendo los testadores, los oferentes, los fundadores de una

obra pía cualquiera, determinado y querido que subsistiera perpétuamente, ¿con qué derecho podría consumir otro, enajenar, disminuir, malgastar aquel dinero que han ofrecido y ligado á cierto fin? Supongamos que un bienhechor ha dejado la fundación de una escuela, de una capellanía ó de un hospital: ¿no es justísimo que nadie pueda, dilapidando los bienes asignados por él, defraudar la intención del testador? Pues bien. Esto es lo que hace la Iglesia santa con sus leyes sobre las fundaciones pías. Trata de que los bienes no se pierdan, á fin de que se conserve la voluntad de quien fué su dueño legítimo. Para quejarse de esto es preciso desconocer los principios fundamentales de la justicia natural y del derecho de propiedad.

Cede áun en bien del pueblo, porque las fundaciones pías son por punto general para su beneficio. Si se trata de hospitales, es evidente, por cuanto el pobre pueblo es quien los aprovecha; si se trata de colegios y escuelas, son las familias de pocos recursos las que gozan la utilidad de la instrucción sin tener que retribuir á los maestros; si son capellanías, fundaciones de parroquias ó institutos religiosos, es siempre el pueblo quien recibe el favor del culto divino, sin tener que mantenerlo por sí propio con las limosnas, ó por medio de los gobernantes con las contribuciones. Sin decir nada de que el mismo pueblo puede aspirar á la participación de aquellos bienes, en el servicio de los hospitales, y en la condición de maestro, eclesiástico, ó religioso. Esto sentado, ¿cómo podría la Iglesia manejar mal sus propiedades y tener en poco los intereses de sus pobres, hasta el punto de permitir que dichas rentas se disminuyesen, disipadas ó consumidas por algun administrador privado, ó que se agotase la fuente de tantos bienes? Es, pues, sumamente justo y caritativo que no permita sean dilapidados, ni corran peligro de serlo. Quisiera Dios que ciertas familias particulares pudieran, en cuanto á sus bienes, llegar á ser *manos muertas*; no se verían tantos huérfanos en las calles públicas, ni tantas jóvenes despojadas de toda dote por la maldad ó

descuido de sus padres imprevisores: no se verían tampoco tantos jóvenes arruinarse por las usuras de los judíos, contrayendo toda clase de obligaciones para cuando se mueran sus padres, y dilapidando prontamente, despues de convertidos en dueños, el resto de su patrimonio. Con tales espectáculos diariamente á la vista, convendría á lo ménos no reprender á la Iglesia, ya que no se tenga el buen sentido de admirar su sabiduría.

*Quedarán, pues, infructíferos estos bienes para la sociedad.*—Bien, sí; quedan infructíferos, sin poder producir todos los beneficios que ciertos economistas creen que podrían reportar. ¿Qué importa esto? ¡Cómo! ¿Estaré obligado á emplear mi dinero como los demás quieren, ó como quiera yo? Dirá más de un fundador de obras pías. Aquellos capitales podrían producir más en medio de la sociedad. Lo reconozco: mas ¿quereis por esto quitarme á mí, que soy su poseedor legítimo, el derecho de emplearlos como me parezca? Si vamos adelante por este camino, cuando descubrais que imponer el dinero en los Bancos, ó invertirlo en papel, ó de cualquier otra manera, es más útil á la sociedad que colocarle como lo hago, vendreis á mandar en mi casa, precisándome á emplearlo como vosotros queráis. ¡Derecho verdaderamente inaudito! Lo que hace llegar á su colmo esta nueva teoría, es que ha de practicarse solamente cuando quiero emplear mi caudal en obras pías; porque dicho se está que lo puedo tener cerrado en un cofrecito, así como lo puedo, con plenísima libertad, consumir en recreos y diversiones. ¡Perspicacia singular de legisladores que cuando vacilan todos los derechos, en presencia de una impiedad desvergonzada, destruyen ellos mismos la raíz y el fundamento de todos ellos, ó sea el de propiedad! Ved sólo de que alguno, argumentando con vuestro principio, no exclame un dia: «Declarásteis que para el mayor bien de la sociedad podían despojarse los religiosos y destruirse las obras pías: ea, pues, el bien público exige que vosotros, príncipes, prescindais de vuestra corona; vosotros, nobles, de vuestras tierras;

vosotros, ciudadanos, de vuestros empleos productivos; vosotros, traficantes, de vuestros capitales, y vosotros, proletarios, de vuestra cabeza;» porque si alguno hiciera semejante aplicacion, no podríais burlaros de las consecuencias, por haber establecido las premisas.

Mas esto sea dicho solamente como de pasada. ¿Es cierto, por lo demás, que dichos bienes sean *infructíferos*? Afirmarlo es una singular sencillez, por no decir una malicia refinada. Los bienes de los lugares píos sirven para su conservacion, por lo cual sus administradores y aquellos en cuyo favor se fundaron están interesadísimos en que produzcan cuanto sea posible. Y en verdad, antes de ser confiscados por los gobiernos, y de venir á las manos de las hordas de los que invierten una gran parte, quizás la mayor, en gastos de administracion, cuando los cuidaba la caridad individual que los habia fundado, eran los bienes que más rendian, como lo demuestran los documentos que se guardan. Además, los bienes de los religiosos eran administrados tan perfectamente, que si recibian llanuras estériles ó pantanos infectos, los trasformaban poco á poco en amenísimos jardines. Los publicistas más sensatos les atribuyen el cultivo de una gran parte de Europa, y, aunque lo negasen, más que su negacion valdria la victoriosa prueba que aún subsiste de las tierras florecientes, de las ciudades, países y castillos que por do quiera se fueron levantando á la sombra de las abadías y de los monasterios.

¿Cuál es el único tráfico para que no sirven los bienes de los religiosos? Para las especulaciones ardidadas del comercio, de la banca y de ciertas sociedades, con frecuencia injustas ó arriesgadas, y casi siempre ruinosas. Léjos de ser esto un mal, es un bien, y un bien grandísimo, porque todos deploran la fiebre, que agita demasiado á la mayor parte de los hombres, de enriquecerse por todas las vías, las cuales suelen poner en la calle para pedir limosna á familias enteras. De forma que aquí se reprehende lo que debería ser ensalzado, y á lo que con-

vendria exhortar grandemente á los particulares.

Sea todo esto en hora buena, dice alguno; mas ¿no es verdad que, *en fuerza de las manos muertas, todos los bienes de los seglares pasan á ser eclesiásticos*? No; no subsiste tal peligro, por cuanto el amor á la familia, que es el afecto más profundamente arraigado en la naturaleza, conduce á los hombres á procurar enriquecer á los parientes con los bienes de la Iglesia, primero que á enriquecer á ésta con los propios. Quita el peligro la rapacidad de los revolucionarios, que poniendo asechanzas á los que gobiernan, ó vociferando en las calles y detrás de las barricadas, enfrian extraordinariamente, porque todas las destruyen, el celo para las fundaciones pías. Quita el peligro en gran parte hasta la moderna incredulidad, que prefiere dejar lo suyo á los teatros y á los casinos que á las vírgenes de Cristo y á los religiosos; y quítalo, sobre todo, la Iglesia santa, que con su admirable discrecion no tiene dificultad en ponerse de acuerdo con los gobiernos siempre que es necesario, ni en ayudar aún temporalmente á sus hijos con las propiedades que los fieles la dejaron, lo cual ha hecho en todas las épocas, no bien han sobrevenido necesidades blicas.

Fuera de que ¿no es el colmo del ridículo salir con tales temores en tiempos en los cuales la Iglesia santa es despojada en todas las naciones de Europa de casi todo lo suyo? ¿No es grandemente ridículo impedir por amor á los pobres que existan bienhechores de los pobres? Si algo valiese la experiencia, y si las historias no se hubieran escrito sin provecho para los ilustrados á medias, éstas serian verdades que no necesitarian ser demostradas. Los bienes de los religiosos serán siempre de los pobres, quiéranlo ó no todos los economistas del mundo. Son bienes de los pobres, porque todos pueden, cuando quieran, participar de ellos entrando en la vida religiosa; porque suministran los gastos para el culto, de los cuales, por consiguiente, quedan libres; y porque el religioso, sustraído lo necesario para su sustento, les reparte todo el re-

manente. Fingid, empero, que el religioso sea lo que, difamando, se complacen algunos en afirmar: siempre será cierto que despues de haber preparado una mesa muy abundante (y esto, universalmente hablando, es falsísimo) no tendrá otra cosa en qué consumir sus rentas. No tiene caballos, ni coches que sostener, ni servidores, ni libreas, ni trajes, ni muebles de moda, ni tertulias, ni reuniones, por lo cual será preciso que corra el agua por su pendiente, ó sea que todo llegue al pobre. Esto es tan exacto, que Inglaterra no conoció nunca la pobreza mientras tuvo en pie las Ordenes religiosas. Lanzadas éstas, fué invadida por multitud tal de mendigos, que ni las contribuciones para los pobres, ni las limosnas privadas, ni aún las cárceles y los patíbulos (tambien éstos se han adoptado para el exterminio de los pobres) han podido llenar nunca el vacío dejado por los religiosos. La Revolucion del siglo pasado hizo casi lo propio en Francia; y si bien han sido atenuados los efectos por la fé católica, que tiene bálsamos para todas las heridas, sabe, sin embargo, lo que debe temer todos los días de sus proletarios. Hé aquí por qué el pobre, que por experiencia conoce lo que le conviene, trata de una manera especial con los religiosos, que tambien están muy en contacto con el pobre.

IV. *Sí, replican algunos; porque los religiosos conservan sus supersticiones.* Eso precisamente: sustituid sólo á la palabra *supersticion* su valor real, y habreis tocado el verdadero punto de la dificultad. Donde más abundan los frailes (lo notaba tambien aquel taimado Botta, que lo entendia), allí los pueblos son más tenaces en la supersticion. Los fieles amaestrados por los religiosos tienen la supersticion de ir más á la Iglesia, de confesar y recibir la Comunion más frecuente, de invocar con más fervor á la Virgen y á los Santos, y de vivir con más cuidado. No toleran entónces ciertas visitas en casa y ciertas familiaridades, de las que preservan á sus mujeres y á sus hijos. No quieren siquiera saber tanto de sus derechos, contentos de pensar un poco más en sus deberes. No permiten que

sus jóvenes entren en tantos burdeles, sean víctimas de quien los seduce, y prometiéndoles traídonamente todo bien, los hace instrumentos de infinitas iniquidades, revoluciones y delitos. Hé aquí las supersticiones en que yacen sepultados los pueblos que experimentan el influjo de los religiosos.

Tal es, creedme, lectores queridos, la verdadera razon por la cual son atacados los religiosos. Digámoslo francamente una vez: nada tiene que ver con ellos la economía, ni la pública utilidad, ni la vida ociosa, ni la ocupada que llevan. Solamente las pasiones, y sobre todo el ódio á la religion, son la causa de lo que ocurre.

La presencia de los religiosos es un obstáculo para las maquinaciones de los iníquos, los cuales se aperciben perfectamente de que necesitan alejar aquellos opositores molestos, á fin de que sus tramas sirvan para envolver á la plebe en las conjuraciones y en las infidelidades: ódian su existencia porque les amedrenta su eficacia.

La vista de los religiosos es una justificacion y una prueba innegable de toda la fé cristiana, porque en ellos se ve casi con los ojos en ejercicio la vida sobrenatural de la gracia y la perfeccion evangélica que Jesucristo enseñó: los que detestan la obra del Redentor no pueden sufrir que continúe siempre con toda su fuerza y con toda su perfeccion, bajo la mirada de los cristianos.

La vista de los religiosos es un reproche tácito; sí, pero gallardísimo, á todos los que viven mal, porque su mortificacion reprueba la sensualidad de los demás; la pobreza, la mansedumbre y la obediencia de los religiosos proscriben las injusticias; los furoros, las blasfemias, los principios de insubordinacion y de revuelta, propios de la edad presente. Como lo notan los viciosos, y no pueden menos de notarlo, se indignan, se enfurecen, y para quitárselos de delante, mueven los cielos y la tierra.

La vista de los religiosos es, sobre todo para los disolutos, una espina constante en el corazon. Observan muy bien que allí donde logra crédito el religioso, no pueden ya predicar impunemente sus ama-

das doctrinas sobre la *rehabilitacion de la carne, el santo derecho* á los goces animales, las *tendencias necesarias de la naturaleza*, y otras torpezas semejantes, como tambien que no hallan fácilmente quien á sus inmundicias se adhiera: como tratan, segun lo reconocen públicamente, de que reinen aquellos principios brutales en el mundo, se irritan contra los que se oponen eficazmente á sus deseos vergonzosos.

Hé aquí la causa de tantas iras contra los religiosos. Hé aquí por qué, no á dichos impugnadores, que ven el mal que hacen y lo quieren, sino á los que por sandez les imitan en el hablar, ó bien se calientan con toda tranquilidad en el fuego encendido contra los religiosos, haré dos observaciones, no completamente fuera de propósito. Recuerden, en primer lugar, que el pueblo nunca se ha guiado y nunca se guiará por sí mismo, por ser incapaz de todo punto, por lo cual necesario es que, cesando la influencia de los religiosos, otro la tome; el pueblo que no esté pronto á dividir su pan con el religioso, difícilmente se hallará dispuesto á ceder casi todas sus fatigas al señor ó al gobierno. Emancipad en hora buena al *buen* pueblo de lo que llamais *supersticion*: ya me direis despues si el *buen* pueblo, ó el *justo* pueblo, ha sabido poner en planta, no sólo el comunismo, sino tambien la guillotina, la *linter-na* y todas aquellas cosas que ensayó á últimos del siglo xviii y á principios del actual. La historia del pasado os responde del porvenir.

La otra observacion es que de un extremo á otro de Italia las casas que se han quitado á los religiosos se han convertido en cuarteles para los soldados, ó en prisiones para los criminales. Cuantos han salido de su país, ú observado á lo ménos lo sucedido en su casa, se pueden convencer con sus mismos ojos. Y no puede pasar de otra manera; porque, quitados los principios de la conciencia, que retienen á los hombres en el deber, no queda más expediente que recurrir á las bayonetas para que no se amotinen, ó amontonarles en las prisiones si se han amotinado. De donde resulta que aquellas

ciudades y municipios que han concebido la idea sublime de librarse de una docena de religiosos, que eran sus hermanos, sus cuñados y sus parientes, que propagaban la fé, mantenian las buenas costumbres y consolaban sus angustias, tienen hoy que mantener bravos regimientos de hombres no parientes ni amigos suyos, con aquella economía, con aquel buen ejemplo público, con aquel auxilio para la juventud y con aquellas comodidades para las poblaciones que vemos y gozamos todos los dias. La leccion es bastante clara; pero ¿basta?